

EDITORIAL COSTA RICA

CARMEN NARANJO



Novela:

Los perros no ladraron, 1966
Camino al mediodía, 1968
Responso por el niño Juan Manuel, 1971
Premio Aquileo J. Echeverría, 1
Diario de una multitud, 1974
Memorias de un hombre palabra, 1976

Ensayo:

Siete temas en busca de un pensador.

Los perros no ladraron marca un hito en la narrativa costarricense, tanto por sus contenidos como por su novedosa estructura. Por una parte establece definitivamente la tendencia urbana de nuestra novela y por otra introduce abiertamente el tema de la burocracia nacional, de su personaje-clase; protagonista identificado en su personalidad particular y que en mucho encarna el paradigma

de la clase media, individuo cosificado en una sociedad sin principios. En la existencia de ese hombre anónimo, empleado público, padre de familia, se configura el fastidio de un gran sector social del país: sus fracasos íntimos, sus pérdidas secretas.

Sus personajes son como héroes de la frustración; consciente o inconscientemente, experimentan la incomodidad de no haber logrado sus objetivos, incluso de carecer de un sentido vital y social para sus tareas. Viven como atrapados en una dimensión diferente, casi desvinculada de la realidad exterior, con otras exigencias y otros sentidos de las cosas.

En ese mundo oficinesco, poblado de escritorios, teléfonos, papeles y más papeles, se revela con todo realismo el drama cotidiano de unos seres deshumanizados; sus intrigas, hipocresías, sus in-

diferencias frente a las necesidades de los otros: la vida sin perspectiva. Y luego, fuera de ese ambiente burocrático, la rutina de los pequeños detalles familiares, la aventura extramatrimonial y la evasión de todo eso, pero no precisamente en términos heroicos, sino en la única manera que el medio ofrece a unos hombres sin carácter que no los obligue a encararse con sus circunstancias: la mesa de tragos, donde siempre se reconstruye el mundo sin riesgo alguno.

Unos personajes se mantienen dentro de la ignorancia de su situación personal y otros acatan resignadamente los hechos que no les satisface, que les molesta, porque sienten que no pueden hacer sus propias elecciones en una sociedad que los limite. Sin embargo no luchan por conquistar esas elecciones per-

tinentes. Quizá por eso no hay en ellos señales de angustia existencial en el sentido sartreano, sino simplemente la defraudación en sus manifestaciones sustanciales. La abulia empera en ellos y su asentimiento institucionaliza la enajenación.

Sobre los espesores de esa atmósfera temporal descansan las objetividades de la narración; los silencios muchas veces obligados de la realidad que muestra sus grietas, para declarar sinceridades mentirosas que afirman valores considerados por la sociedad como seguros y permanentes.

El mecanismo narrativo a base de unidades dialogales, adquiere una especial energía que funda anécdotas y actuaciones e instaura constantemente universos donde los actos más insignificantes, los sucesos de todos los días; los objetos, las calles, las conversaciones telefónicas o en el café, los cigarrillos, ciertos edificios, cobran de pronto densidades insospechadas. Ellos disponen los valores significantes del relato.

Uno de los mayores méritos de esta novela estriba en poner al desnudo la defraudación vital en los individuos de la burocracia y clase media costarricense, condicionados de conformidad con los intereses de la burguesía.

Esta importante novela obtuvo en 1966 el Premio Aquileo J. Echeverría de novela.